

## POBLACIÓN IBÉRICA DEL VALLE DEL EBRO

Creemos que uno de los estudios más importantes a realizar, para llegar en lo posible al conocimiento del mundo ibérico, es el de las vías de penetración hacia el interior de la Península. Estimamos fuera de toda duda la asignación de unas raíces ampliamente comunes para el gran tronco ibérico; la calidad, cantidad y vinculación de las influencias extrapeninsulares darán carácter y personalidad a los distintos pueblos ibéricos, tanto en el espacio como en el tiempo, homogeneizándoles unas veces, diferenciándoles otras.

Uno de los caminos de mayor interés, entre los seguidos por los extranjeros llegados a nuestras tierras, el del valle del Ebro, permanece un tanto olvidado por la Arqueología. Y recordemos que el Ebro, el Hiberus, dio o al menos guardó para la Historia, para nosotros, nada menos que el nombre de unos hombres y de una cultura que, por extensión, se convirtió en el primer nombre dado a nuestra Península, la tierra de los Iberos: Iberia.

Nuestro trabajo pretende, únicamente, sintetizar el estado actual de nuestros conocimientos sobre los probables yacimientos y lugares de habitación ibéricos descubiertos hasta ahora en las orillas tarraconenses del río Ebro, como aportación a una base que puede servir como punto de partida para estudios posteriores, propios o ajenos.

### DESEMBOCADURA DEL EBRO

Es curioso y extraño a la vez que en esta zona de interés histórico destacado, en la que al parecer tuvieron lugar acontecimientos trascendentales, sobre todo en la pugna púnico-romana, no se hayan localizado hasta ahora restos ibéricos de alguna importancia.

Solamente en Camarles, algo alejado ya de las riberas fluviales, se hallaron algunos vestigios mal identificados: parece ser que entre cerámicas ibéricas e importadas, aparecieron innumerables figuritas representando, según algunos investigadores, a la diosa Tanit. ¿Establecimiento griego, fenicio, cartaginés...?

Sólo tenemos como referencia la publicación de L. Vilaseca (1953-54)<sup>1</sup> y los datos recogidos por Bayerri (1960)<sup>2</sup>.

Dos mil años atrás, no existía el Delta del Ebro, al menos tal como lo conocemos en la actualidad, pues esta formación es reciente. El mar Mediterráneo, dejaba resbalar sus olas hasta los pies de las colinas que emergen entre Alcanar, Amposta y Aldea: Hibera y Dertosa Ilercavonia, eran sendos puertos de mar.

Continúa siendo un misterio el emplazamiento de Hibera y ningún yacimiento importante ha aflorado dentro del área ampostina, en cuyo territorio se supone debió estar situado el estratégico puerto ibérico. Hemos de desplazarnos bastante más al Sur, para hallar un poblado relativamente importante: el del «Remei», en el término de Alcanar, no lejos de esta villa<sup>3</sup>.

La «moleta del Remei» fue excavada, al parecer, por miembros de la Universidad de Barcelona. No conocemos publicación alguna de esas excavaciones.

Por estos contornos, tenemos noticias de la existencia de otro yacimiento: el de «la Cogulla», situado a unos dos kilómetros al Norte del «Remei».

Después, habremos de llegar ya hasta Ulldesona, donde existen varias localizaciones datables dentro del periodo ibérico.

Pero regresemos a la desembocadura del Ebro, para desde allí penetrar, río arriba, hacia el interior.

Como ya apuntamos, no conocemos localidad alguna ibérica dentro del actual término ampostino. Quizás como referencia proto-ibérica, pueda ser aprovechable la necrópolis excavada en Oriola, fechable para algunos autores en 450 a.d. J.C.<sup>4</sup> y para otros en tiempos muy anteriores: finales del siglo VI a.d. J.C.<sup>5</sup>

Creemos debemos mencionar aquí los distintos hallazgos de cerámica campaniforme, realizados dentro del territorio de Amposta, por cuanto puedan tener de conexión con los inicios de la cultura ibérica. Ha destacado por sus trabajos en este área, el profesor F. Esteve

<sup>1</sup> L. VILASECA BORRÁS, *Hallazgos helenísticos en Camarles (Tarragona)*, «Amurias», XV-XVI (1953-54), págs. 355-358.

<sup>2</sup> E. BAYERRI, *Historia de Tortosa*, Tomo VIII, 1960, pág. 339.

<sup>3</sup> E. BAYERRI, *Historia de Tortosa*, Tomo V, 1948, págs. 310-312. J. MATAMOROS, *Historia de mi pueblo: Alcanar*, 1919.

<sup>4</sup> S. VILASECA, *La necrópolis de Can Canyís*, Madrid, 1963, pág. 88.

<sup>5</sup> vide: EMETERIO CUADRADO, *Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica*, «Trabajos de Prehist. del Sem. de Hist. Prim. del Hombre de la Univers. de Madrid», 1963.

Gálvez, cuyas investigaciones relacionadas o relacionables con el ciclo ibérico suponemos inéditas.

Del máximo interés es Dertosa Ilercavonia, hoy Tortosa, aliada de Roma en la lucha contra Cartago, según las fuentes: la colonia Julia Augusta Dertosa, ciudad romana en los censos de Augusto y Vespasiano. Pero ni el más pequeño resto arqueológico ha dado, hasta la fecha, pista alguna para la localización de la ciudad ibérica, importante sin duda alguna y cuya sucesora fue la ciudad romana, tampoco localizada.

En las proximidades del barranco de San Antonio, a unos 50 metros de la orilla del río, se encuentra una loma conocida por «pla de les Citges». En su extremo Este, queda cortado el altiplano por la carretera de Valencia; no lejos está el barrio tortosino de Vinallop. La colina es una de las últimas estribaciones del monte Caro.

En la cumbre, amesetada e inclinada, aparecen unos doscientos silos excavados en la roca, unos completamente descubiertos y limpios, otros —los menos— cubiertos todavía por un pequeño montículo de tierra.

Estos silos han dado origen a las más diversas opiniones sobre su origen, edad y utilidad.

El padre Planas, en 1919<sup>6</sup>, se refirió a ellos considerándolos «estación prehistórica», rectificando luego su opinión, según Bayerri<sup>7</sup>, y clasificando el lugar como «necrópolis ibérica de los siglos IV-III a.d. J.C.». El propio Bayerri emitió también su opinión, datando el «pla de les Citges» entre los siglos V y IV a.d. J.C.<sup>8</sup>

Volvió varias veces el padre Planas sobre el asunto y parece que su opinión definitiva fue que se trataba de «silos ibéricos muy antiguos»<sup>9</sup>.

Esteve Gálvez, opinaba, al parecer, que los silos eran al menos «de tradición neolítica»<sup>10</sup>.

No sabemos se haya realizado en estos últimos años excavación alguna de los pocos silos que quedaban intactos, ni estudio alguno serio por los equipos que han evolucionado por el Bajo Ebro.

Ignoramos el destino de los pocos materiales obtenidos en las excavaciones mencionadas por Bayerri.

<sup>6</sup> PEDRO PLANAS, Revista «Germanor» (Tortosa, 1919) y «Estudio» (Barcelona, diciembre 1920, pág. 308).

<sup>7</sup> E. BAYERRI, *Historia de Tortosa*, Tomo V, págs. 301.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pág. 302.

<sup>9</sup> *vide ibidem*, págs. 301-304.

<sup>10</sup> *vide ibidem*, pág. 306.

## RIBERA DEL EBRO

No han faltado atribuciones ibéricas a restos arqueológicos hallados más o menos casualmente en las proximidades de Tortosa. Por si algún interés pudieran tener vamos a intentar resumirlos.

D. Juan Abril y Guayabéns, en su *Plano de Tortosa*, señala la existencia de sepulturas de inhumación, que él califica de «ibéricas», abiertas en el conglomerado cuaternario, lado Norte, de la explanada del cerro denominado de «los Cuarteles»<sup>11</sup>.

En el castillo de San Juan, en la «punta del Diamante», situada en su extremo occidental, se halla «la obra más antigua de todas», pues «se remonta a los iberos; después, sobre las rocas, se ven las mamposterías romanas...», dijo o escribió el teniente coronel de Ingenieros, D. Ramón Martí (1899)<sup>12</sup>.

A unos tres kilómetros al Norte de Bitem, Esteve Gálvez exploró en abril de 1945 un lugar próximo a la carretera, entre río y montaña, y «fruto de su búsqueda fue un buen acopio de fragmentos cerámicos ibéricos del siglo IV»<sup>13</sup>.

Saliendo del arrabal de Jesús, por la carretera de Aldover, en las huertas situadas a poco más de trescientos metros del área urbana, dice Bayerri, que en las postrimerías del siglo XIX, «afloraban abundantes restos de cerámica de barro saguntino y cerámica más antigua»<sup>14</sup>.

Algo más hacia Cherta, en la ribera derecha del Ebro, dejada atrás la llamada «torre d'En Cordé», en los terrenos de la masía llamada «Casa Blanca», también aparecieron a finales del XIX, «restos de cerámica ibero-romana y sepulturas de inhumación». Miembros del Colegio Máximo de Jesús (S. J.), atribuyeron a aquellos restos carácter de «necrópolis ibérica del siglo III a.d. J.C.»<sup>15</sup>.

Siguiendo río arriba, al Norte de Tivenys, frente a Cherta, hay una colina conocida por «coll de Som». En 1931, se anotó la existencia en este cerro de «un antiguo poblado ibérico». Se recogieron fragmentos de cerámica ibérica y «fusaiolas»<sup>16</sup>.

En Pinell de Bray, a unos seis kilómetros en línea recta de la

<sup>11</sup> E. BAYERRI, *Historia de Tortosa*, Tomo V, 1948, pág. 291.

<sup>12</sup> *Ibidem*.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pág. 293.

<sup>14</sup> *Ibidem*, pág. 293.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pág. 294.

<sup>16</sup> J. IGLÉSIES y J. SANTASUSAGNA, *Del Camp de Tarragona a l'Ebre* (Reus, 1931), citado por E. BAYERRI, *Historia de Tortosa*, Tomo V, pág. 295.

orilla derecha del Ebro, se han sugerido probables vestigios ibéricos. El único testimonio pudo ser «un vaso, de panza esférica y cuello cilíndrico, encontrado con anterioridad a 1890»<sup>17</sup>, vaso que, al parecer, se hallaba ya antes de la Guerra Civil (1936-39) en el Museo de Tarragona. Hizo referencia a esta vasija el Dr. Bosch-Gimpera (1919)<sup>18</sup>.

Dentro del término de Tivisa, situado en la orilla izquierda del río, tenemos el conocidísimo poblado de Banyoles<sup>19</sup>. Sus cuatro hectáreas de superficie, su muralla de zócalo ciclópeo y sus dos grandes torres protegiendo la entrada, nos hablan de una gran ciudad.

Fue probablemente J. de C. Serra Ráfols quien dedicó más atención al estudio de este importante yacimiento. El fijó, en un interesante estudio, el año 218 a.d. J.C. como fecha probable de su destrucción violenta<sup>20</sup>.

No vamos a pretender aquí descubrir nada relacionado con Banyoles, pero creemos imprescindible una revisión a fondo de cuanto se ha publicado sobre las excavaciones realizadas y la puesta en marcha de nuevas campañas de excavación.

La reunión en una monografía de todo lo publicado e incluso de lo bastante que suponemos inédito, es tarea urgente.

En las figuras 1 y 2, mostramos sendos aspectos actuales de estos un poco olvidados restos arqueológicos.

El Calvario, de Mora de Ebro (fig. 3), es un altiplano situado al N-NO de la villa, inmediato al núcleo urbano. En la ladera, sobre el río, se yerguen los restos del castillo de los Entenza.

Entre la ermita del Calvario, el antiguo camino a Ascó y los depósitos de agua, hay unos extensos bancales plantados de almendros y olivos. En estos bancales abundan los fragmentos de cerámica, en tremendo revoltijo de épocas, desde los que pertenecieron a vasijas contemporáneas, hasta algunos atribuibles a la más primitiva cerámica ibérica.

Hemos identificado fragmentos de tégulas y de ánforas y hemos

<sup>17</sup> E. BAYERRI, *Historia de Tortosa*, Tomo V, 1948, págs. 325.

<sup>18</sup> P. BOSCH-GIMPERA, *Prehistòria catalana*, Barcelona, 1919, pág. 275.

<sup>19</sup> J. DE C. SERRA RÁFOLS, *El poblado ibérico del «Castellet de Banyoles» Tivisa, «Ampurias» III* (1941), págs. 15 y sgtes. S. VILASECA; J. DE C. SERRA RÁFOLS y L. BRULL, *Excavaciones del Plan Nacional en el Castellet de Bañolas*, en «Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones», núm. 20, Madrid, 1949.

<sup>20</sup> J. DE C. SERRA RÁFOLS, *La destrucción del poblado ibérico del Castellet de Banyoles, de Tivisa, «Ampurias»*, XXVI-XXVII (1964-65), págs. 105-117.

recogido algún fragmento de ibérica decorada y dos, muy pequeños, de Campaniense A.

Desde finales de 1970, fechas de localización del yacimiento, hemos realizado varias visitas al lugar, sin lograr hallar restos o señales de muros o edificación alguna o cualquier otro vestigio cualificable que nos pudiera orientar sobre los probables pobladores en tiempos ibéricos.

El constante laboreo de aquellas tierras, desde muy antiguo, ha borrado todo rastro, pulverizando también los restos cerámicos, entre los que sólo esos pequeños fragmentos aún identificables en sus características básicas, nos permiten conocer la existencia en aquel lugar, al menos entre los siglos III-II a. d. J.C., de una población ibérica.

A unos 10 kilómetros aguas arriba, a la izquierda del Ebro, ya dentro del término de Vinebre, no lejos del «pas de l'Ase», aparece una colina que cobija un tanto escondida al fondo de una vaguada, a la ermita de San Miguel. En el cerro hay instalado un dispositivo de suministro de agua. Es de difícil acceso por todos sus lados, excepto por el NE. Pero siendo la ermita lugar de romería, se ha construido una pista hasta el oratorio, pista que facilita el acceso a la cumbre, siguiendo una senda que parte del mencionado camino.

La cima alberga los restos de un poblado ibérico, en el que todavía existen porciones de muros y tramos, más o menos ruinosos, de una probable muralla. Algunos de estos restos apenas afloran a la superficie. Desperdigados por toda la cumbre hay abundantísimos fragmentos de cerámica, algunos de regulares proporciones: unos dejados al descubierto por la erosión natural y otros, muy numerosos, abandonados por excavadores clandestinos que pululan por el cerro haciendo multitud de excavaciones. (De la presencia de estos zapadores informamos en su día a la autoridad competente).

Los picadores furtivos sólo recogen, según parece, los fragmentos con formas, como asas y bocas de vasijas, deshechando la cerámica restantes; así podemos ver grandes fragmentos de panzas de ánforas de distintos tipos, identificando otros pertenecientes al parecer a «kálathos». Recogimos varias muestras de aquellos materiales abandonados: algunos de ellos nos parecieron corresponder a una misma vasija y, efectivamente, así era, como comprobamos después: pertenecieron a un «kálathos» y están decorados con interesantes dibujos de ondas y estilizaciones vegetales, plenos de sugerencias y que nos ilustran elocuentemente sobre la riqueza de este yacimiento (ver fig. 5).



FIG. 1. Entrada al poblado ibérico de Banyoles.



FIG. 2. Estado actual de una de las torres.

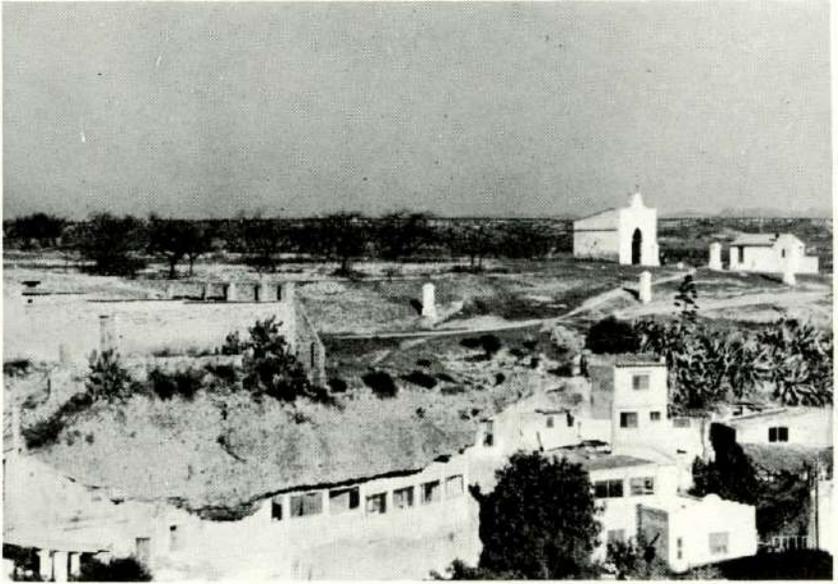


FIG. 3. El Calvario de Mora de Ebro.

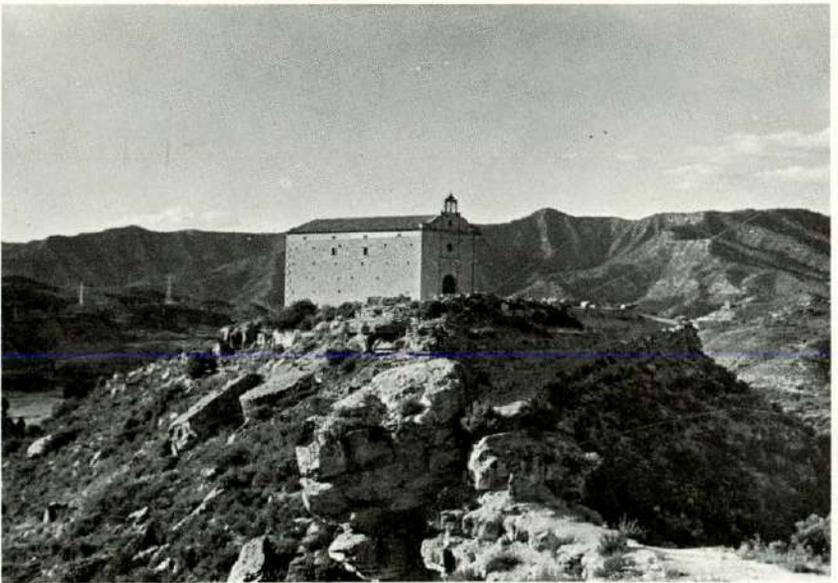


FIG. 4. Santa Madrona, en Ribarroja de Ebro.

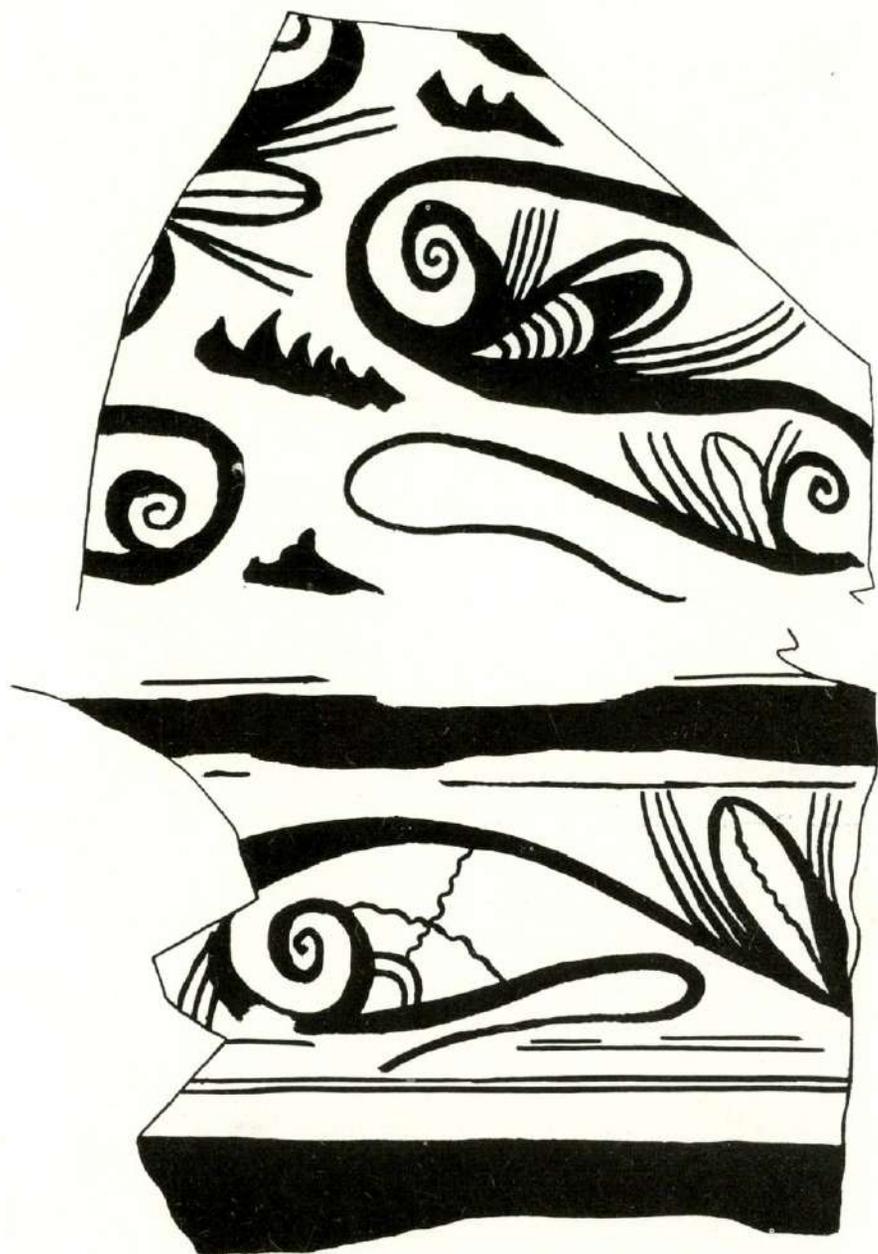


FIG. 5. Fragmentos de un «kálathos», de San Miguel de Vinebre.



FIG. 6. Lado izquierdo del Musilló, en Flix.



FIG. 7. Lado derecho del Musilló, en Flix.

Las otras muestras recogidas corresponden a cerámica a torno y manual, tres fragmentos de Campaniense B y dos de Campaniense A.

Nos informó sobre la existencia de este poblado nuestro amigo Carmelo Biarnés, de Ascó.

Sobre su descubrimiento hay distintas versiones: una que lo asigna a unos escolares que, en busca de arcilla para sus trabajos manuales, hallaron fragmentos de cerámica que llamaron su atención, y otra que señala a los obreros que abrieron las acequias y en cuya excavación aparecieron también trozos cerámicos, pesas de telar e incluso algunos ganchos de plomo (materiales que, al parecer, fueron recogidos por algunas personas de Vinebre).

Tenemos otros informes por los que conocemos que algunos sacerdotes de Vinebre y Torre del Español tuvieron en algún tiempo conocimiento de este poblado, realizando algunas prospecciones. Ignoramos por completo el destino de los posibles materiales obtenidos y si se dio publicación en alguna forma.

Casi enfrente de San Miguel, a la derecha del Ebro y dentro del término de Ascó, existe otra localización con materiales ibéricos.

Se trata de un pequeño montículo, en la cadena de colinas existente en esa parte del río. Las laderas del pequeño cerro ofrecen abundante cerámica, la parte superior, sin embargo, cubre sólo un espacio entre los 100 y los 150 metros cuadrados. Al E., afloran restos de muros.

Por la estratigrafía observable en algunos cortes naturales del terreno, producidos por las aguas de lluvia, calculamos una profundidad entre 3 y 5 metros para el yacimiento, con lo que su extensión real puede ser muy superior a la aparente.

La cerámica que hemos observado «in situ» y la recogida por el Sr. Biarnés, es la clásica ibérica a torno, sin decorar y decorada con líneas y semi-círculos concéntricos, algún fragmento con engobe amarillento, cerámica a mano, barniz rojo, «sigillata» y Campaniense A y B, particularmente abundante esta última. En nuestras prospecciones por las riberas del Ebro, redescubrimos esta localidad en 25 de febrero de 1970, y anoto «redescubrimos» por comprobar después que correspondía a lugar ya conocido por el amigo Biarnés, de Ascó. En las inmediaciones del yacimiento existió una tejería, por lo que el Sr. Biarnés dio al paraje el nombre de «Forn teuler», nombre que nosotros también asignamos a partir del momento en el que abrimos ficha, por creerlo correcto y justo.

Siguiendo por la orilla derecha del río, aguas arriba, a un kiló-

metro de las últimas casas de Ascó, fue localizado otro poblado. Es el situado en la partida de «els Castellons».

El yacimiento puede dividirse en dos secciones: la colina en la que probablemente surgió el poblado, que luego se desparramó por la ladera y una probable necrópolis en fosa. Tanto en el pequeño cerro como en todos sus alrededores, es abundante la cerámica, por lo general en muy mal estado por hallarse en tierras de labor.

Los supuestos enterramientos aparecieron en las proximidades del altozano, al replanar unos bancales de huerta.

La cerámica que produce este yacimiento es la clásica ibérica, con franjas y semi-círculos, cerámica a mano, barniz rojo (relativamente abundante), gris (muy abundante) y, sobre todo en los presuntos enterramientos, cerámica muy fina, de la llamada «cáscara de huevo». Hemos de anotar también algunos fragmentos de «sigillata».

A lo largo del camino que conduce al lugar, ya en sus proximidades, hay situadas sendas hileras de grandes piedras. Nos dicen que buena parte de ellas estaban antes en lo que hoy son tierras de cultivo y que allí formaban calles y restos de habitaciones regulares. También nos informaron del hallazgo, al arrancar un olivo, de una gran piedra, que pudo muy bien ser la base de un molino de aceite, por la descripción que nos hicieron.

Nos comunicó la existencia de este lugar de indudable interés arqueológico nuestro amigo D. Carmelo Biarnés, que muy amablemente nos acompañó a visitarlo.

Nos ha atraído siempre, con particular interés, esa zona de la ribera del Ebro comprendida entre Ascó y Ribarroja, sugestionados tal vez por las diversas referencias existentes en las fuentes clásicas, ya se trate del paso de los ejércitos púnicos o romanos, de algún episodio de las Guerras Ibéricas o de la famosa «batalla de Ilerda», con Afranio dirigiéndose hacia Octogesa<sup>21</sup>.

Había atraído principalmente nuestra atención el área de Flix. Pero todas nuestras prospecciones habían sido negativas, hasta mayo de 1972, en cuya fecha localizamos una estación con cerámica ibérica, relativamente pobre y casi completamente arruinada, en el barranco del Musilló o Moselló.

El yacimiento está constituido actualmente por los siguientes vestigios: a la izquierda del barranco (fig. 6), en la cima de la colina inme-

<sup>21</sup> Ver. P. BOSCH-GIMPERA y P. AGUADO BLEYE, en *Historia de España*, dirig. por R. MENÉNDEZ PIDAL, Tomo II, Madrid, 1962, págs. 248-251.

diata a la carretera, se dibujan restos de probables cimientos de alguna construcción, aflorando en algunos puntos las hiladas de piedras. Algunas grandes rocas existentes por aquel lugar presentan señales de haber sido trabajadas con alguna finalidad utilitaria. Hemos observado algunos fragmentos de cerámica pertenecientes a vasijas hechas a mano, de aspecto muy primitivo.

Desgraciadamente, en este lugar se abrió hace años cantera, para la extracción de piedra probablemente destinada a la construcción de la vía férrea, siendo destruida la mayor parte del yacimiento.

A la derecha del barranco (fig. 7), los restos son más apreciables, al menos en cuanto a la existencia de alguna cerámica. No obstante, hay poco lugar para el optimismo, pues si el yacimiento de la izquierda fue destruido por una cantera, éste también fue desmantelado por otra cantera y, en lo que pudo quedar intacto, se instalaron fortificaciones militares durante la Guerra Civil (1936-39); la cerámica que aparece surge pues en la más caótica confusión. Las piedras que probablemente formaron parte de muros, fueron utilizadas para trincheras o parapetos y la tierra fue mil veces revuelta: los fragmentos cerámicos aparecen mezclados con tierra y escombros de muy diversa procedencia.

La primera prospección, la localización, fue en julio de 1972, tomando nota de cuanto observamos y recogiendo algunas muestras de cerámica, entre ellas un pequeño fragmento que creemos pertenece a la ática de «figuras rojas».

Este lugar está situado, como ya apuntamos, a la derecha del barranco, sobre la carretera y a pocos metros del río.

A unos 150 o 200 metros al SE., observo también fragmentos de cerámica muy troceados y rodados, haciendo muy difícil una identificación eficaz. Los hay pertenecientes a vasijas de factura manual y a torno, y tanto por algunas de sus características —cerámica de orejetas— como por su disposición y situación, nos sugieren una necrópolis.

Localidad ibérica de mayor interés es indudablemente la emplazada en el cabezo de la ermita de Santa Madrona, en Ribarroja de Ebro (fig. 4). No hemos hallado documentación alguna sobre este lugar, por lo que lo suponemos inédito. Fue localizado en 17 de diciembre de 1969, al comienzo de nuestra exploración sistemática de la ribera del Ebro y desde el primer momento nos hizo concebir esperanzas, pues la cerámica es abundantísima en las laderas del cerro, ya desde el comienzo del camino de acceso, junto a la vía. Situados en la cima, el

lugar es el clásico e ideal para el establecimiento de un poblado ibérico de alguna importancia, hasta el punto de que el acceso es casi imposible, aún hoy, excepto por el camino que conduce a la ermita.

El poblado debió estar precisamente en el espacio hoy ocupado por el edificio y por la amplia plazoleta despejada a su frente, por lo que, desgraciadamente, todo resto de construcción fue literalmente arrasado, quedando solamente alguna pequeña parcela de terreno más o menos intacta, a espaldas del edificio. Cualquier intento de excavación habrá de limitarse a las laderas, en las que fueron arrojados todos los materiales resultantes de la explanación de la cumbre, lo que justifica la extraordinaria abundancia de cerámica existente en esos lugares.

La cerámica observada es muy variada: ibérica sin decorar, decorada con bandas y semi-círculos y dibujos geométricos, a mano (destaca la gris), Campaniense y «sigillata». Hemos creído de algún interés recoger algunos fragmentos, intentando establecer unos porcentajes, que aunque no tengan otro interés, suponemos pueden ilustrar en forma suficiente sobre el yacimiento. Los fragmentos proceden todos de superficie, de las laderas y no permiten la identificación de formas.

Sobre la base 100, hemos calculado:

Campaniense A	13	fragmentos
» B	18	»
» C(?)	1	»
sigillata	1	»
manual	20	
torneada	47	

Repetimos que esta tabla no tiene otro valor que el meramente ilustrativo.

Al SE. de este cerro de Santa Madrona, en otra colina un poco más elevada, localizamos otro yacimiento. La cerámica relativamente abundante, presenta dos tipos dominantes: la manual, de aspecto arcaico, con fragmentos decorados con cordones o incisiones, entre los que hallamos algún fragmento con pezones y la ibérica de orejetas, de paredes finas. Recogimos algunos fragmentos y junto a ellos 7 pequeños trozos de Campaniense A. Esto fue en mayo de 1970. Cuando volvimos en otra ocasión, para realizar una prospección más completa y tomar algunas fotografías, buena parte del yacimiento había desaparecido, en uno de esos trabajos de replanado y nivelación que se vienen efectuando actualmente en muchos terrenos de cultivo.

A pesar de aquello, confiamos queda intacto un apreciable sector no cultivado y precisamente el que puede guardar restos arqueológicos en mejor estado.

En ninguno de estos lugares, que denominamos Santa Madrona 1 y 2, hemos realizado cata alguna, limitándonos a la recogida de algunos materiales en superficie, para poder confeccionar en forma útil la ficha correspondiente.

Continuando por la ribera del Ebro, en la orilla derecha, hemos realizado algunas otras prospecciones, con resultado negativo.

El último lugar que ha dado material arqueológico ibérico, dentro de la provincia tarraconense y en este sector del Ebro, es Berrús, próximo ya al límite con la provincia de Zaragoza.

Actualmente la zona de este yacimiento está inundada por el pantano de Ribarroja, a cuyo término pertenece la localidad.

Antes de quedar cubierto por las aguas, se hicieron algunas prospecciones y catas por los Sres. Espinel y Cabré<sup>22</sup>.

MANUEL SANZ Y MARTÍNEZ

#### ANEXO

Ya en prensa nuestro trabajo sobre la población ibérica del valle del Ebro, hemos localizado otro yacimiento dentro del término de Flix.

El nuevo hallazgo parece relacionado con los descritos en el barranco del Musilló.

Los restos de cerámica y los vestigios de construcciones, se hallan ampliamente diseminados, en toda la extensión de unas colinas escalonadas, situadas en la partida de Sebes, en la vertiente derecha del barranco de San Juan. El lugar, en la orilla izquierda del Ebro, aparece precisamente enfrente del barranco del Musilló. Y esta vez no se trata de unos pobres fragmentos de cerámica, revueltos y mal conservados, sino de extensos restos de construcciones y apreciables cantidades de cerámica.

En las zonas bajas de la colina, muy próximas al río, existen todavía algunas masías. El paraje ha debido ser habitado casi sin in-

<sup>22</sup> T. ESPINEL y D. CABRÉ, *Notas topónimo-arqueológicas sobre Berrús*, «Boletín Arqueológico», 93-96, 1966, págs. 59-70.

terrupción, hasta nuestros días, como puede comprobarse tras un breve estudio de las características de algunas de las construcciones todavía en pie y de la relativa abundancia de pequeños fragmentos de cerámica medieval en toda la superficie del yacimiento.

Nuestra sorpresa fue encontrarnos con zonas excavadas recientemente. Si bien teníamos anotado en los informes recogidos sobre Flix, la existencia en este lado del río de ruinas, «del tiempo de los moros», no había llegado hasta nosotros ninguna noticia de excavaciones. Nuestra localización fue realizada, por estar incluida esta zona en nuestras actuales prospecciones por la orilla izquierda del Ebro.

El yacimiento, como acabamos de decir, está siendo excavado, en efecto. Ignoramos por quien. Los excavadores, han dejado al descubierto amplias porciones de la planta de algunos lugares de habitación, con muretes de hiladas «a piedra seca». En varios puntos se observan catas aflorando paredes. Algunas grandes losas han sido limpiadas de la tierra que en parte las cubría e incluso removidas, suponemos que en busca de enterramientos.

Pudimos observar abundante cerámica abandonada: un sinnúmero de fragmentos de panzas de grandes recipientes, sobre todo. Esta característica la hemos notado ya en otros lugares excavados en forma subrepticia: los zapadores se llevan todo fragmento con formas o decoración visible; la ausencia de bases, cuellos, asas y bordes de vajijas, es total, contrastando con una extraordinaria abundancia de fragmentos lisos, cuya recogida, unida a la de los otros trozos, permitiría la reconstrucción total o parcial de vasos (pudimos comprobar la existencia de pedazos que unían entre sí).

Quiso nuestra suerte que halláramos un fragmento con una porción del asa, cóncava, bastante característica e interesante.

Las características generales de la cerámica, son semejantes a las de la observada en el barranco del Musilló. La mayor parte, es torneada, de paredes irregulares, barro poco fino, cochura desigual. Es el tipo de cerámica que sugiere los comienzos del desarrollo de una industria que iba a ser algo después, uno de los más importantes exponentes de la cultura ibérica. Es bastante arcaico el aspecto de estos materiales, lo que nos permite suponer para este poblado, existencia en torno a principios del siglo IV a. de C., y estimamos que no es aventurarnos demasiado.

Creemos que ha de ser interesante poder estudiar todo el material que hayan podido obtener los excavadores a los que ya hemos hecho referencia.